

La incompetencia de los mandos militares durante la revolución proletaria de octubre de 1934

La revolución proletaria de octubre de 1934 es uno de los capítulos de nuestra historia con mayor número de estudios, por lo que parece que poco se puede aportar al conocimiento de unos hechos que tuvieron tanta relevancia, al mismo tiempo que tan tristes. Con motivo de su setenta y cinco aniversario están siendo publicados nuevos estudios replanteando el problema desde la óptica política pero muy poco se han estudiado, por no decir nada, los planteamientos estratégicos y tácticos de las fuerzas militares que intervinieron en su sofocamiento. Solamente el trabajo del Comandante retirado Ángel García Pelayo (Grap), *"Ensayo crítico militar de la insurrección de Asturias. Los combates de Vega del Rey"*, I y II, en la revista *Leviatán*, de los meses de mayo y junio de 1936 y el de Aguado Sánchez, dejan entrever algunos análisis críticos de la actuación de los mandos militares.

A todos interesa que este tema siga, en cierto modo, orillado, ya que sirve por igual a defensores y detractores de la insurrección proletaria. A los primeros, les gusta seguir fantaseando con una movilización proletaria grandiosa y absolutamente disciplinada, en la que todos los obreros asturianos, como un solo hombre, estuvieron dispuestos a dar su sangre con inusitado valor por la revolución. Por otra parte, los

detractores, con la intención de lavar la cara de la desastrosa actuación de las fuerzas de orden público y del ejército en aquellos sucesos, siguen defendiendo la imposibilidad material que tuvieron para hacer frente a unas ingentes masas obreras - algunos llegan a fijar en la estratosférica cifra de más treinta mil los obreros combatientes-, las cuales estaban muy bien entrenadas al efecto y habían sido magistralmente dirigidas por unos cabecillas, que según sus



Foto del libro de Asturias. P.I.Taibo II. Ediciones Júcar.
La toma de Campomanes por el Ejército Republicano.



Foto Lucien Roisin Besnard.

descripciones habían sido formados en las mejores academias militares europeas, en lugar de ser simples cuadros político-sindicales con escasa formación militar e incluso intelectual.

Sin desdeñar el número ni el valor de los obreros revolucionarios, ni tampoco la preparación llevada a cabo por algunas organizaciones obreras, la realidad es que la sublevación proletaria consiguió imponerse y resistir durante quince dolorosos días de cruenta lucha por el gran cúmulo de negligencias que cometieron los mandos del ejército y de las fuerzas de orden público. Si la actuación de los mandos militares hubiese sido decidida y seguido unas mínimas reglas militares, la sublevación obrera asturiana no habría podido resistir, en ningún caso, más de tres o cuatro días. También hay que reconocer que hubo mandos como el comandante Domingo Morriones, jefe militar de la plaza de Gijón y el teniente de la Guardia Civil José Domingo, jefe accidental de la línea de oriente, fallecido en combate, que cumplieron a la perfección con sus obligaciones y tomaron iniciativas que abortaron decididamente la sublevación obrera en su zonas.

Los desastres de Sama y la Manzaneda

Iniciada la insurrección obrera, las casas- cuarteles de la Guardia Civil y algunas secciones de Guardias de Asalto destacadas en las Cuencas Mineras poco podrán hacer ante la avalancha que se les viene encima. Si bien hay que destacar que algunos puestos de la Guardia Civil, pese a sus escasas fuerzas, resistieron tenazmente hasta que perecieron o no les quedó otro remedio que rendirse.

Ahora bien, en Sama de Langreo las fuerzas de orden público, en un número próximo a los cien efectivos entre Guardias Civiles, Guardias de Asalto y Guardias de Seguridad, se encuentran concentradas desde la una de la mañana en sus respectivos acuartelamientos pues se tiene conocimiento de que el movimiento revolucionario se encuentra en marcha. Lo verdaderamente sorprendente es la completa inactividad de la guarnición de la Guardia Civil, al mando del capitán Nart, que con 60 guardias no toma ninguna medida para controlar los lugares claves de la población durante esas decisivas horas de la madrugada del 5 de octubre, cuando todavía los mineros insurgentes se encontraban movilizándose y organizándose con escasas armas. Si hubiese desplegado sus hombres para controlar los lugares más estratégicos de la población, habría podido enlazar con las fuerzas de Asalto y Seguridad, a apenas cuatrocientos metros, y podría haber hecho del centro de Sama un baluarte gubernamental que hubiese dificultado la movilización y las comunicaciones entre todas las fuerzas insurgentes del valle del Nalón.

Perdida la oportunidad de la madrugada, no se comprende la actitud del laureado capitán Nart, quien, siendo consciente de que en las primeras horas de la mañana está siendo atacado el destacamento de Guardias de Asalto en la Inspección de Seguridad, no toma la más mínima iniciativa para ayudar a sus compañeros. Más chocante resulta que, cuando las camionetas con Guardias de Asalto que llegan como refuerzo procedentes de Oviedo consiguen parapetarse en el extremo sur del puente de Sama, en el edificio del bar Miramar, no acuda en su ayuda para sostener la posición y abrir el cerco al que estaban siendo sometidos y mantener expedita la posibilidad de recibir refuerzos así como de huir. Los Guardias de Asalto, faltos de municiones, se vieron en la tesitura de tener que refugiarse en la casa-cuartel de la Guardia Civil. De este modo, guardias civiles y de asalto, en un lugar tan reducido, se convertirán en un objetivo perfecto para los francotiradores y los dinamiteros revolucionarios.

El día 5 tendrá lugar en el Alto de la Manzaneda otra de esas situaciones incomprensibles. Una sección de Guardias de Asalto, que se dirigía a socorrer a la

Guardia Civil de Olloniego, al descender del alto se ve sorprendida por el intenso fuego que los revolucionarios les hacen desde los montes de los alrededores, obligándoles a refugiarse en unas casas cercanas. Hacia el mediodía llega a la Manzaneda una compañía de Infantería, al mando del capitán Ignacio Caballero Muñoz, apoyada por una sección de Guardias de Asalto dirigida por el teniente José Galán. Ante la imposibilidad de avanzar por la carretera para liberar a los guardias sitiados, el capitán ordena a dos secciones de su compañía ocupar las alturas situadas a ambos lados de la carretera y despliega las fuerzas de Asalto cubriendo la operación desde la carretera.

Los soldados envuelven a los insurgentes y les hacen retroceder. Ese momento lo aprovechan los Guardias de Asalto sitiados para retirarse. Ahora bien, lo absolutamente inexplicable es que los Guardias de Asalto, desmandados, huyan en los vehículos de la Infantería, produciéndose un desconcierto entre las tropas gubernamentales que también se dan a la fuga. No es de recibo que el teniente José Galán, que se encontraba desplegado en la carretera, no fuese capaz de controlar a sus efectivos y contener la desbandada de los guardias cercados, de modo que guardias de asalto y soldados de infantería podrían haber establecido una línea defensiva, apoyados en su situación dominante, que impidiese el avance de las columnas del Caudal sobre la capital.

El caos defensivo de Oviedo y la inexplicable toma de la fábrica de armas por los revolucionarios

En Oviedo, el gobernador civil José Blanco Santamaría, siendo consciente de la gravedad que están tomando los acontecimientos, pasa el mando al comandante jefe del regimiento de Infantería nº 3, Coronel Alfredo Navarro, quien declara el estado de guerra en toda la provincia. El coronel Navarro, en lugar de hacerse cargo



Foto Lucien Roisin Besnard.

personalmente de las operaciones de defensa de Oviedo, las encomienda al coronel Antonio Quintas, quien, a su vez, renuncia a toda acción ofensiva con las importantes tropas acuarteladas en la ciudad.

Las fuerzas gubernamentales en la ciudad ascienden a unos 2.000 hombres bien armados y pertrechados. El coronel Antonio Quintas solamente desplegará parte de sus tropas en lugares estratégicos de la ciudad: Ayuntamiento, calle Uría, Estación del Norte, Audiencia, Telefónica, Diputación y Banco de España y reforzará la guarnición de la fábrica de armas de la Vega, pero no tomará las medidas necesarias para organizar la defensa en círculos de la plaza, ni los oportunos planes de repliegue, apoyo y concentración de tropa en el caso de que las fuerzas de primera línea se viesen desbordadas.

La más sorprendente de las decisiones tomadas por el coronel Quintas fue la de concentrar en los cuarteles Pelayo, Santa Clara y Comandancia Guardia Civil, a unos 1.000 hombres, que permanecerán totalmente a la defensiva y nunca serán utilizados como reserva operativa de apoyo a las tropas desplegadas en los puestos defensivos de primera línea. Esto llevó –como señaló Aguado Sánchez- a que la defensa de la ciudad se realizase por islotes de resistencia dentro de cada recinto, alentados en su mayoría por los mandos subordinados, sin contar con ninguna dirección, ni coordinación conjunta.

El día 6, a primeras horas de la mañana, la columna revolucionaria proveniente del valle del Caudal, con aproximadamente medio millar de hombres escasamente armados, penetra en la ciudad por el barrio de San Lázaro. Les corta el paso una sección de Guardias de Asalto, que debido al ímpetu con el que actúan los mineros deviene en una situación apurada. En su ayuda acude una compañía del Batallón de Zapadores Nº8, al mando del capitán Francisco Torre, reforzada por una sección completa de ametralladoras. Las tropas del ejército, siguiendo estrictamente los cánones militares, comienzan a desplegarse realizando ataques de flanqueo a la columna revolucionaria, momento que aprovechan las fuerzas de Asalto para retirarse, una vez más, precipitadamente. Extrañamente, las tropas, que han conseguido frenar el avance revolucionario, reciben orden de replegarse al cuartel de Pelayo en lugar de ser reforzadas con la reserva para mantenerse firmes en sus posiciones, cortando así la entrada de los revolucionarios. Algo parecido ocurrirá con las tropas que cubren la estación del Norte frente a la columna de González Peña, a quienes se les permite retirarse hacia el cuartel de Santa Clara. Estas curiosas decisiones dejan libre el paso a las columnas revolucionarias que se adueñarán de toda la ciudad y comenzarán su ataque a los aislados reductos gubernamentales.

En la parte septentrional de la ciudad se concentran tres de los más importantes reductos –Fábrica de Armas, Comandancia de la Guardia Civil y Cuartel de Pelayo- que apenas distan entre sí medio kilómetro y cuentan con la mitad de la guarnición, casi 1000 hombres. En lugar de desplegar las tropas constituyendo un único frente de defensa que integrase los tres, para ayudarse y trasladar refuerzos a los lugares precisos, cada uno permaneció aislado de los otros. Esto facilitará la toma por parte de los revolucionarios de la Comandancia de la Guardia Civil, lo que supuso la pérdida de la importante estación de radio allí instalada y la todavía más inconcebible caída en sus manos del arsenal de la Fábrica de Armas de la Vega.

La fábrica de armas se encuentra defendida por la sección de guarnición reforzada por una compañía, más los oficiales técnicos. Los revolucionarios, en un número no muy elevado –posiblemente cuatrocientos-, al mando del sargento Vázquez, inician el ataque ya entrada la mañana del día 8. La potencia de fuego que habrían

podido desplegar los defensores pudo haber sido inusitada, ya que en los almacenes de la fábrica había 198 ametralladoras y 281 fusiles ametralladores, con lo cual tenían capacidad para emplazar armas automáticas a lo largo de todo su perímetro defensivo, imposibilitando cualquier tipo de asalto y menos a base de dinamita.

Si sorprendente es que la guarnición de la fábrica de la Vega, contando con medios suficientes y potentes para defenderse, se repliegue esa misma noche hacia el cuartel de Pelayo, lo más inconcebible es que abandonen el establecimiento fabril sin destruir el arsenal, de más de veinte mil fusiles y cuatrocientas ametralladoras, dejándolo intacto y listo para emplearse. Parece ser que hubo un intento de quemar el almacén de fusiles con éter sulfúrico que no dio resultado, pero no es admisible que no se intentase provocar un incendio utilizando muebles, grasas y aceites de máquinas, papeles de archivo y todo aquello que hubiese



Foto Lucien Roisin Besnard.

podido servir para tal menester. Aún suponiendo que no hubiese sido posible la quema del depósito de fusiles, lo que de ninguna manera se puede aceptar es que cuatrocientas armas automáticas cayeran intactas en manos de los revolucionarios, pues no se hubiese tardado más de una hora en inutilizarlas.

Los despropósitos militares en el frente sur

El día 6 de octubre se concentran en Campomanes más de dos batallones al mando del general Carlos Bosch quien, viéndose con tal cantidad de tropas, cree que será cosa de poco tiempo despejar la zona de insurgentes y que pronto entrará triunfal en Mieres y Oviedo. De modo que ordena a sus tropas proseguir la marcha por la carretera, sin preocuparse de cubrir sus flancos. En esos momentos, las fuerzas insurgentes en los alrededores de Campomanes no pasaban de unos 150 hombres, la mitad armados con fusiles y el resto con pistolas y escopetas de caza. A lo largo de la mañana y ante las insistentes peticiones de refuerzos, los grupos revolucionarios de la comarca de Aller, Ujo y Figaredo, así como de Mieres, al mando del anarquista Solana Palacios, se dirigen hacia este frente.

El gran acierto táctico de los revolucionarios es que se organizarán en pequeños grupos de combate, que en todo momento eludirán el combate de frente en la carretera e instintivamente se desplegarán y se parapetarán en los montes aledaños a esta vía para hostigar al enemigo. Esto debió ser lo que desconcertó al general Bosch y a los mandos militares que le acompañaban, que creían se iban a encontrar con los insurgentes apostados detrás de las típicas barricadas revolucionarias decimonónicas con la intención de cortarles el paso y que serían rápidamente reducidas con movimientos

envolventes o de flanqueo, por lo que no tomaron ninguna precaución para cubrir sus flancos.

A las tres de la tarde, la columna del general Bosch, utilizando exclusivamente la carretera como línea de avance, y no como eje protegiendo sus flancos, llega a localidad de Vega del Rey, donde tiene que detenerse porque le hacen fuego y le lanzan dinamita desde todos los puntos elevados que rodean el pueblo. Viéndose ante la posibilidad de ser rodeados, el general ordena acciones de descubiertas contra ambos flancos, que son duramente repelidas por los revolucionarios. Con la caída de la noche y la situación comprometida en la que se encuentra, el general Bosch tendría que haber replegado sus tropas hacia Campomanes, para evitar el más que probable copo que le estaban preparando los revolucionarios. Pero, una vez más, minusvaloró a los oponentes y tomó la determinación de ocupar posiciones defensivas entorno a Vega del Rey para pasar la noche. Esa noche fue bien empleada por los insurgentes, que ocuparán las mejores posiciones y rodearán completamente a las tropas gubernamentales. A partir de ese momento, las tropas de Vega del Rey perderán toda iniciativa y permanecerán cercadas e inmovilizadas hasta el día 10, en que dos batallones del Regimiento nº 35 rompen el cerco.

En esos momentos, en el frente de Campomanes, una columna de más de 3.000 hombres, apoyada por la artillería y la aviación y perfectamente avituallada, no consigue romper el frente inconexo que le presentan unos revolucionarios muy desorganizados con una prácticamente nula logística y una escasez crónica de municiones. Es más, el estratégico caserío de Ronzón no puede ser tomado hasta el día 14. Ni la llegada de una bandera de la Legión y de un Tabor de Regulares ese mismo día, junto con la jefatura de la columna, sirve para doblegar la débil defensa revolucionaria.

Unas tropas mercenarias no tan aguerridas

A primeras horas del día 7, llega a la cabeza de puente gubernamental de Gijón el crucero Libertad con un batallón del Regimiento de Infantería Nº 29 del Ferrol, al mando del comandante Enrique Cerradas Noguera. El batallón pretende dirigirse a Oviedo, para lo cual, en lugar de hacerlo mediante vehículos por la carretera lo intentará en tren ¡con lo vulnerable que es este medio de transporte a acciones de sabotaje!

El tren militar no podrá pasar de Veriña porque es dinamitada la vía. Al día siguiente, tras pernoctar en Veranes, el batallón intenta abrirse camino por la carretera en dirección a Oviedo pero su marcha es detenida por un puñado de anarcosindicalistas, precariamente armados, dirigidos por José María Martínez. El batallón nunca llegará a Oviedo y Enrique Cerradas Noguera se suicidará.

Entre el día 10 y el 11 llegan el grueso de las tropas coloniales a Gijón (Legión y Regulares). El día 10 consiguen terminar con la insurgencia de Gijón y es nombrado jefe de la columna el teniente coronel Yagüe. El día 11, Yagüe llega con su columna a las inmediaciones de Oviedo y, al día siguiente, participará en la toma de la fábrica de armas de la Vega.

El día 12, el general López Ochoa, ordena a sus tropas coloniales que rodeen por los flancos este y oeste la ciudad de Oviedo, con la intención de copar al gran número de revolucionarios que todavía se encuentran en su interior. La columna del oeste llega hasta su objetivo, el Hospital Provincial, mientras que la potente columna del este, con

el Tercio y los Regulares a la cabeza, no es capaz de sobreponer la defensa que les plantan los revolucionarios en San Lázaro.

Durante cuatro días las tropas coloniales, preocupándose más del pillaje y del ensañamiento que de combatir, no son capaces de reducir a unos revolucionarios bastante desmoralizados por las huidas de los diferentes miembros de los Comités Revolucionarios y sin apenas municiones, que mantienen sus posiciones de San Lázaro.

Responsabilidades desiguales

La incompetente actuación de los mandos militares fue reconocida por el propio ejército, ya que entre el 11 y el 14 de febrero se llevaron a cabo Consejos de Guerra enjuiciando a los mandos de la guarnición de Oviedo y se dictaron severas penas de reclusión perpetua para los coroneles Jiménez de Beraza, director de la Fábrica de Armas y Díaz Carmona, jefe de la Comandancia de la Guardia Civil, así como distintos grados de prisión para un gran número de oficiales.

Ahora bien, las nefastas actuaciones de muchos de los que intervinieron desde el exterior no fueron ni siquiera enjuiciadas, a pesar de que fueron tan pésimas como las de la guarnición asturiana.

Luis Aurelio González Prieto

Fotos:

Las podéis escasear de libro de Paco Ignacio Taibo II, *Asturias, 1934*, Tomo I, Júcar, Gijón, 1984,

Pag. 191: Una patrulla del ejército en la línea defensiva de la calle Uría sobre el Parque San Francisco

Pag. 250: El ejército toma el control de Campomanes, efectivos del batallón del regimiento nº 35 de Zamora.